

elemento físico, el pan, que por más simbólico que sea para la religión cristiana no deja de ser una comida tradicional y morfológicamente sorprendente para asociar a ideas abstractas como la salvación o la traición (no hace falta recordar la fascinación que ha ejercido el pan en los pintores religiosos de todas las épocas). El hecho de estar todos sentados en una mesa, donde acaban de comer (estamos en la Santa Cena, que pese a ser santa, no deja de ser una cena), el haber visto la mesa parada con la comida, la bebida, etc., ¿no hace todavía más evocadora y misteriosa la referencia al pan? Aquí, por lo tanto, dicho por Jesús y visto por nosotros como espectadores en el cine es dónde me parece que puede tener la palabra más fuerza reveladora. También hay otro elemento interesante que me sirve para cerrar el punto de vista cinematográfico y abrir el teatral: la reverberación de las palabras en un espacio físico. Cuando Jesús anuncia con esta tercer fragmento que alguien lo ha traicionado, automáticamente, si esto lo vemos y no lo leemos, los efectos del anuncio de esta traición empiezan a impregnar el espacio, porque podemos observar (o intuir, o aun imaginar, viene a ser lo mismo) cómo afecta a los rostros, a los silencios, a los tiempos muertos, a los objetos, a las reacciones de todo lo que físicamente rodea este anuncio. En el cine, estas reverberaciones llenan la atmósfera y hacen que la palabra tome una significación más profunda que la que puede coger si la leemos, puesto que desde el texto sólo puede reverberar de una manera intelectualizada o emocional y sólo puede afectar a otras palabras, y nunca físicamente a objetos, o a personas. Dedo de otro modo, las palabras muestran involuntariamente una significación colectiva; y en el teatro, a esta significación colectiva, cuando se ha trabajado la palabra de forma refinada, se puede añadir otra, casi imposible de conseguir en el cine, y que se fundamenta en el hecho que, en el teatro, el tiempo de la producción es el mismo que el tiempo de la recepción: es la significación histórica (dramática). Al compartir siempre el espectador teatral el mismo tiempo con el espectáculo que ve, es natural que sea mucho más sensible a las reverberaciones de la palabra, no en el espacio como el cine, en el que el espectador puede ser más sensible porque puede estar más cerca de él, a causa de los modos característicamente detallistas de la representación cinematográfica; no en el espacio sino en el tiempo, en el presente y en el pasado de las palabras, porque son también su presente y su pasado para los que tiene, por esta razón, una especial sensibilidad.

Mi elección teatral, para una hipotética

versión escénica del mismo fragmento, va en esta dirección y creo que son los fragmentos de palabra más indiscutiblemente inolvidables para ser representados, con una calidad estética atada a la verdad histórica superior a la que podemos aprehender cuando los leemos: a) «Lo que yo hago, ahora tú no lo entiendes; lo entenderás después»; b) «No todos estais limpios»; c) «¿Entendéis lo que os he hecho?»; d) «Os he dado ejemplo para que, tal y como yo os lo he hecho, lo hagais también vosotros»; e) «No hablo paso de todos vosotros; yo sé qué he escogido. Pero se ha decumplir la Escritura: Quien come en la mesa conmigo alza contra mí su talón». Me parece evidente la incidencia que estos fragmentos tienen sobre la verdad del Tiempo, y que esta verdad es mucho más poderosa sobre el escenario que sobre el papel. Análogamente, pero a la inversa, que al ejemplo que he puesto con el agua que cae al barneño al escenario y que se nos hace insoportable, ver estos fragmentos de palabra al cine, puede resultar una experiencia traumática, por su grosería y su enfática visión de la historia que el espectador de cine no puede compartir de ninguna forma. Desgraciadamente, no parece que el futuro, como tampoco lo ha hecho el pasado, nos haya de ahorrar volver a vivir estas dos infaustas experiencias. ■

HEINER GOEBBELS

APUNTES DE MI BISABUELO Adalbert Stifter

Nunca había visto esto tan bien como hoy. Me iba a las cabañas y a las casas donde tenía que tomar algunas precauciones a causa de la enfermedad. Cuando iba camino de vuelta, y llegaba a las proximidades del albergue, en un lugar delimitado y rodeado por algunas casas, vi la fuente comunal, cerrada en un encofrado de planchas y envuelta con cosas que mantienen el calor, que se enderezan como un montículo de hielo, y en este hielo no se habían esculpido ni escalones, porque ya hacía cuatro semanas que no salía agua de la fuente. Delante las puertas de las casas, vi que la gente había esparcido, por la mañana, la arena o tierra o un poco de paja encima de la superficie resbaladiza de los caminos, porque nadie cayera, pero la lluvia lo había cubierto todo de hielo fresco. En el albergue de la parte de atrás de Dubs, pude quitarme del todo del abrigo, y ahora también de las botas, el hielo que se había enganchado. El amo designaba con satisfacción mis tacos de hielo y decía que eran un equipamiento excelente, y que encima de un hielo así se tendría que

caminar con total seguridad, que sin eso no se podía poner el pie fuera, donde todo era tan completamente resbaladizo y liso, sin correr el peligro de romperse brazos y piernas, y que no había otra manera de luchar contra aquello, porque el hielo se volvía a formar sin parar. Hicimos la comida de mediodía en el albergue y, una vez hubimos comido, cuando el alazán hubo recuperado las fuerzas, las herraduras afiladas de nuevo, cuando nuestras cosas se tornaron tan libres y ligeras como por la mañana cuando dejamos nuestra casa. Continuamos la ruta.

Tenía que ir hasta los chalets. Cuando estábamos en el campo y entre los sembrados, oímos un ruido de caída sordo, pero sin saber en realidad de qué se trataba. En el linde del bosque, vimos un sauce chispeando, y sus ramas sólidas cayeron al suelo, como desenredadas con un peine. Nos tuvimos que acercar al bosque dando un rodeo, en la dirección que, por los prados y pastos, se escalonaban los chalets. Vimos también este bosque, ligeramente helado, pero brillante de manera casi imperceptible sobre un fondo gris. A partir de los chalets, yo todavía tenía que ir a Eidun. Tenía cosas que hacer en las primeras casas de Eidun. Volvimos a cruzar los campos, hasta estas casas. Al dejar las casas de Eidun, pudimos emprender finalmente el camino de vuelta. Después de habernos limpiado una vez más el hielo en el albergue de Eidun, tal y como lo habíamos hecho en los chalets, y después de que el alazán hubiera recibido un poco de forraje y que nosotros hubiéramos recuperado las fuerzas gracias a una bebida, volvimos a nuestros lugares en el trineo para poder volver a casa. Pudimos coger un camino donde, durante el verano, se encuentran los prados de Eidun, pero por donde en invierno pasa un camino que acogía a todos aquellos que, desde Eidun, a pie o en vehículo, de los chalets o de los alrededores, se tenían que desplazar por el pendiente boscoso o por el bosquecillo más alto, porque era el más corto. Sólo tuvimos que estar media hora por este camino antes de encontrar la carretera que iba en dirección a Taugrund y a mi casa. Cuando estábamos en los prados, y avanzábamos hacia su extensión, y no dominábamos más allá de una braza, volvimos a oír el mismo ruido sordo de caída, igual que el que habíamos oído hoy, pero una vez más no lo reconocimos y tampoco supimos exactamente de donde provenía. Finalmente pasamos de esta vía de invierno a la carretera. Estábamos contentos con la idea de llegar a casa: porque la lluvia y la humedad que nos penetraban por todas partes eran tan incómodas, el hielo también tan desagradable, que se extendía artificialmente por todas partes por encima de las tierras y los campos, y enci-

ma de él no podíamos poner el pie sin estar completamente seguros. El coronel dijo un día, cuando arreglábamos los caminos, que no notaríamos los beneficios hasta pasado un año y durante los siguientes. Yo los notaba hoy, mientras mi alazán estiraba el trineo por esta carretera larga, sólida, uniformemente llana por todos lados. Qué sería de nosotros, este día, si el camino hubiera sido tan desigual, inclinado y lleno de sacudidas como antes. Cuando finalmente llegamos a Taugrund, y el bosque se extendía a lo largo de la carretera, oímos de golpe, en los bosques de coníferas que eran en los riscos de la parte derecha, un sonido muy extraño y que nunca ninguno de nosotros había oído antes. Era como si miles o incluso millones de barras de vidrio se golpeasen las unas contra las otras y, con este sonido confuso, se fueran lejos. Los bosques de coníferas eran, sin embargo, todavía demasiado lejos para que pudiéramos reconocer de verdad la naturaleza de este sonido. En el silencio que reinaba en el cielo y la tierra, nos pareció extraño. Thomas quiso detener al alazán, pero no lo consiguió inmediatamente porque en esta vía helada el trineo iba lanzado por su propio peso y empujaba al animal, y también porque el alazán avanzaba alegremente por el camino de vuelta y obedecía lentamente en cada parada, y porqué aquí día aspiraba particularmente llegar al establo. Cuando al final se inmovilizó, el ruido había pasado. Pero oímos entonces un rumor débil en el aire que no habíamos percibido antes a causa del martilleo de los cascos, y este rumor no se podía distinguir, y era del todo diferente del sonido que nos había hecho decidir parar el caballo. Reiniciamos la marcha. Nos acercamos a Taugrund y finalmente percibimos la apertura sombría por donde la carretera entraba en el bosque. Aunque era el inicio de la tarde, aunque el cielo gris irradiaba una luz clara, como si tuviéramos que ver el sol brillante entre las nubes, era una verdadera tarde de invierno y hacía ya tanta sombra que los campos blancos de delante nuestro empezaban a cambiar de color y dentro el bosque reinaba la penumbra. Cuando llegamos al lugar por donde teníamos que entrar bajo la vuelta de los árboles, Thomas gritó el alto. Vimos delante nuestro un elegante abeto rojo doblado en curva y que formaba un arco por encima de nuestra carretera, tal y como se preparaban para el paso de los emperadores. Era inimaginable, el esplendor y el peso del hielo agarrado a los árboles. Las coníferas eran iguales que candelabros desde donde colgaban incontables velas, dirigidas hacia el suelo, de unas dimensiones fabulosas. Las velas tenían todas reflejos de plata, los candelabros mismos eran pla-

teados y no se elevaban todos en vertical, muchas estaban inclinadas en direcciones distintas. El rumor, que habíamos oído previamente por el aire, ahora nos era conocido; ya no era por el aire, era a nuestro lado. Reinaba por el bosque entero, sin interrupción, y se producía cada vez que una de las ramas y ramajes se rompían y caían al suelo. Era tan horrible que el resto se mantenía inmóvil. Entre tanto centellear y tornasolar, ni un ramaje, no se movía ni una aguja, salvo de después de una caída de hielo cuando una rama picaba en el aire. Esperando todo volvía a estar en calma. Esperamos, y miramos, no sé si era por admiración o por miedo a adentrarnos en aquello. Nuestro caballo sin duda compartía este sentimiento, porque el pobre animal hizo lentamente algunos pasos y provocó algunas sacudidas que le hicieron retroceder un poco. Mientras todavía estábamos allí y mirábamos –todavía no habíamos pronunciado ni la más mínima palabra– volvimos a oír el sonido de caída que ya habíamos percibido dos veces hoy. Pero esta vez sabíamos de qué se trataba. De entrada hubo un enorme estrépito, comparable a un grito, seguido de una breve alentada, rumor o roce, y enseguida un ruido estrepitoso de la caída de un tronco grueso lanzado al suelo. El crujido se expandió a través del bosque y a través de la espesura del ramaje que atenuaban el ruido, hubo una vez más un tintineo y un chasquido, como si se sacudiera y se meneara una masa infinita de cristal. Después todo volvió a ser como antes, los troncos se encabestraban, nada no se movía y el rumor débil continuaba. Era extraño, cuando una rama o ramaje o un trozo de hielo caían cerca de nosotros; no veíamos de dónde venía, a menudo sólo veíamos el relámpago de la caída, a menudo ni la veíamos, pero oíamos tan solo el choque, y la inmovilidad volvía a reinar. Se hacía evidente que no podríamos penetrar en aquél bosque. En alguna parte, un árbol con todas sus ramas quizás estuviera cruzado en la carretera, nos sería imposible franquearlo o rodearlo, porque los árboles estaban estrechos los unos contra los otros, con las agujas y los ramajes encabestrados, y porque la nieve se encaramaba hasta las ramas y las ramillas más bajas. Si entonces hubiéramos hecho media vuelta, con la idea de volver por el camino por dónde habíamos venido, y mientras tanto allí también un árbol se había hundido de través, entonces habríamos quedado atrapados en la trampa. La lluvia caía sin parar, nosotros mismos volvíamos a estar tan envueltos de hielo que apenas nos podíamos mover, el trineo se había ralentizado y como vitrificado, y el alazán aguantaba la carga. Si alguna cosa de los árboles se volvía más pesado ni que

fuera una onza, podría caer, hacer caer las puntas de las piñas como cuñas y traspasarnos, por otra parte vimos que el camino de delante nuestro estaba cubierto y sembrado de cosas rotas, y mientras nos quedamos allí, volvimos a oír de lejos golpes sordos. Y cuando miramos hacia atrás, hacia los campos por donde habíamos venido, tal y como habíamos constatado durante todo el día, no había ni un ser humano ni una criatura viva, tan sólo yo, Thomas y el alazán, solos en plena naturaleza.

Dije a Thomas que teníamos que deshacer el camino. El propuso lo mismo. Bajé, él hizo media vuelta al caballo y al trineo. Después el también bajó. Nos sacudimos la ropa tan bien como era posible y sacamos el hielo del alazán tanto como pudimos. Para el trineo, el hacha, que siempre llevábamos, nos fue de una utilidad excelente. Nos pareció que el hielo aumentaba entonces cada vez más rápido que por la mañana, pero era porqué estábamos más atentos que entonces, cuando era efectivamente más abundante a causa de la lluvia o del frío o de ambas cosas. Cuando nuestras pertenencias estuvieron más o menos en orden, volvimos a subir al trineo y cogimos el camino de vuelta.

UN PAISAJE Christophe Triau

Dos técnicos esparcen sucesivamente, con la ayuda de un tamiz, un polvo blanco por la superficie de las tres cubetas rectangulares que se nos ofrecen a la vista, la una detrás de la otra, al principio del espectáculo; después disponen tres tubos de plástico por los cuales se colará el agua que la disolverá poco a poco. Esta será la única intervención humana que se nos dejará ver en *Stiffers Dinge*. Al fondo, se distingue una masa todavía sin relieve: un collage de pianos, en todos los sentidos, cuerdas a la vista, del cual emergen como ramas de árboles de una montaña.

“Una obra para piano sin pianista pero con cinco pianos, una obra de teatro sin actor, una performance sin performer –un one-man show o tanto da la denominación que le busquemos”: instalación o composición para pianos mecánicos, sonidos, agua, luz y otras cosas, *Stiffers Dinge* (“Cosas de Stifter”) presenta un paisaje del cual el hombre se habría ausentado.

Paisaje en profundidad y no panorámico, en el cual la mirada choca con tres pequeñas extensiones de agua y después, como en un horizonte, encima del macizo caótico de pianos en el que las variaciones lumínicas proveerán de relieve, o con la pantalla que baja por momentos delantado suyo para difundir la luz, filtrar el estallido de un proyector o convertirse en superficie para proyecciones –de una imagen (ciéna-